

EDUCAR, ¿PARA QUÉ?

LA RELEVANCIA DEL DERECHO A UNA EDUCACIÓN BÁSICA DE CALIDAD EN MÉXICO PARA ASEGURAR UN MEJOR FUTURO, ANTE LA COYUNTURA DEL CAMBIO DE TITULAR DE LA SEP

Luis Morfín López, SJ*

El propósito de estas líneas es mostrar las oportunidades y los riesgos que enfrenta el nuevo titular de la Secretaría de Educación Pública (SEP) en la definición de las políticas públicas del Estado mexicano conforme al artículo 3o, que reconoce el derecho de toda persona a recibir educación

* Es doctor en Comunicación por la Universidad de la Concordia, Montreal, y maestro en Filosofía por el Instituto Filosófico Aloisianum, en Gallarate, Varese, Italia. Fue rector del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), de 1983 a 1988. De 1990 a 2007 fue director general del Centro de Estudios Educativos, en la ciudad de México. Actualmente es asesor especial del secretario general de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

básica (preescolar, primaria y secundaria). En una reciente entrevista prometió que: “reforzaremos las estrategias que así lo requieran y daremos especial atención a la rendición de cuentas y a la transparencia”.¹ Por eso, también es nuestro propósito animar a los ciudadanos a ejercer su derecho y vigilar que se cumpla con lo que establece el artículo 3o. de la Constitución. Ojalá estas líneas nos ayuden a asumir nuestra responsabilidad ciudadana respecto al diseño y la construcción del país que queremos y nos merecemos, mediante una educación básica de calidad.

Este análisis consta de tres pasos:

1. Dónde estamos: una aproximación crítica a la actual situación de la educación de la educación básica.
2. Qué hemos hecho y dejado de hacer para llegar aquí.
3. Que podemos y debemos hacer para contar con una educación básica de calidad para todos.

1. Una aproximación crítica a la situación actual de la educación básica en México en el presente

La educación básica en México comprende 12 años: tres de preescolar, seis de primaria y tres de secundaria. Se imparten 4.5 horas diarias durante 200 días del año a 25 millones de niños; este sistema abarca a sus familias y por supuesto a sus profesores.

La reciente epidemia de influenza puso en evidencia las dimensiones físicas, geográficas, económicas, sociales, turísticas, de este inmenso sistema con 220 mil escuelas esparcidas en todo el territorio nacional, instaladas en 130 mil locales.

1. Véase *Educación 2001*, junio de 2009, p.9.

El número de trabajadores que mantienen este universo (profesores, directores, supervisores, asistentes técnico pedagógicos y personal administrativo), pasa con mucho del millón y medio de personas. Aparte están las estructuras administrativas centrales: Subsecretaría de Educación Básica (SEB) con cinco direcciones generales: Desarrollo curricular (qué se enseña), Materiales educativos (libros de texto, guías, mapas, computadores), Capacitación y actualización de maestros en servicio (cursos de actualización), Gestión e innovación educativa (todo el funcionamiento de la escuela) y Educación Indígena (replica las otras cuatro direcciones para la población indígena del país).

Además, cada entidad federativa tiene su propia secretaría estatal, que es la que opera las escuelas, la que se encarga de la relación directa con el personal, los padres de familia y supuestamente del mantenimiento de los locales.

La SEB central es normativa, pero no opera escuelas.

Nadie regatea méritos a los responsables de haber construido, de 1921 a la fecha, este inmenso sistema, sobre todo con el crecimiento poblacional que sólo hasta hace cinco años dejó de presionar el aumento de nuevos sitios para estudiantes en primer grado de primaria. La previsión hoy es en secundaria y para los candidatos a la educación preescolar.

También se reconoce el acierto en haber logrado la elaboración y la distribución de libros de texto gratuitos para la primaria desde hace 50 años, y desde 1993 gradualmente para la secundaria; alrededor de 300 millones de ejemplares en este ciclo escolar.

En términos técnicos, la cobertura parecería un problema superado. Pero todo eso se demerita radicalmente cuando nos preguntamos por los aprendizajes y, sobre todo, cuando nos comparamos con los resultados de otros países, que hace 30 años estaban igual que nosotros, como Corea, y que hoy nos han dejado muy atrás y obtienen los resultados más altos en el *ranking* educativo mundial.

Nuestro mayor oprobio es mantenernos en los últimos lugares en la evaluación de los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), PISA (por sus siglas en inglés); consistentemente cada tres años nos confirmamos como empecinados coleros.

Cuando a esta visión del presente se le añade un dato fundamental que es cuánto nos cuesta mantener operando este gigantesco sistema educativo, la decepción o la tristeza se transforman fácilmente en rabia y búsqueda de culpables. Porque aunque la educación que ofrece el Estado debe ser gratuita, alguien la paga y los 350 mil millones de pesos que se gastan cada año en la educación básica salen de nuestros sueldos vía impuestos. Y esa rabia tiene repercusión inmediata en la búsqueda de responsables y de culpables.

Los villanos preferidos de esta irracionalidad airada, según la visión tramposa de funcionarios educativos irresponsables, son los maestros, los niños y los padres de familia. Y si los maestros se salvan, su gremio y sindicato se identifica como el villano indiscutible de esta tragedia.

Específicamente en este sexenio, con el instrumento de evaluación de reciente creación ENLACE, se pretende hasta identificar a los peores maestros, las peores escuelas y los niños que menos aprenden.

Al nuevo secretario parece que ya lo convencieron de que:

ENLACE es una prueba que, además de promover una cultura de información, transparencia, evaluación y rendición de cuentas, está orientada a buscar la mejora de los procesos educativos identificando las áreas en la que los padres de familia, docentes y directivos, estudiantes y autoridades educativas de todo el país, debemos trabajar más por la calidad de la educación.²

2. *Ídem.*

Nada más falso y alejado de la realidad educativa. Pero el rápido y equivocado convencimiento de Lujambio deja una ventana muy aprovechable para asomarnos al porqué de nuestro fracaso educativo nacional en educación básica.

2. ¿Por qué estamos como estamos?

Por razones de brevedad, agruparemos nuestras respuestas en tres bloques de razonamientos:

- Los que ayudan a entender nuestras deficiencias desde la recuperación histórica.
- Los que provienen de la cultura instalada en nuestra época.
- Los que tratan de explicar nuestros fracasos desde las fallas de los responsables.

2.1 Los que ayudan a entender nuestras deficiencias desde la recuperación histórica

Puede resultar sorprendente que el currículo de lo que abarcaba la educación básica de un futuro ciudadano romano hace 2000 años no difiera mayor cosa de lo que hoy esperamos que adquiriera todo niño mexicano al final de tercer grado de secundaria.

Pero el niño romano lo aprendía y la mayor parte de los nuestros no lo aprende. Entonces, en el periodo de los seis a los 13 años se esperaba que el niño adquiriera las habilidades básicas de lectura, escritura y aritmética, y al mismo tiempo se le inculcaba el conocimiento y el respeto por las instituciones civiles y religiosas. A los 12 o 13 años el niño se convertía en una persona con responsabilidad.

La secundaria de los griegos abarcaba comúnmente uno o dos años más. Requería poder leer con fluidez textos escritos sin separar las palabras y sin contar con signos de puntuación. El foco de esta educación griega no era tanto el desarrollo del espíritu crítico, sino la transmisión de toda una cultura en las obras de escritores como Homero, Eurípides, Menandro y Demóstenes.

Ese ideal estuvo presente en el nacimiento de la gran cruzada de la Ilustración que se proponía reducir las desigualdades sociales con la palanca de la educación universal. Puesto que no somos iguales, puesto que la igualdad no es una realidad, seamos todos educados, decían los ilustrados. Y la educación generalizada haría el resto.

Estaban, además, en la antesala de la gloria a través de la ciencia que generaría un desarrollo interminable. Al ideal del ciudadano greco romano se añadiría el esplendor de la ciencia moderna.

La generalización de la educación básica en los hechos nos llevó más de un siglo; en México ha sido la gesta del siglo pasado, a partir del final de la Revolución, hacia 1920.

Pero esa universalización tuvo un costo: el deterioro de los aprendizajes. Se pudo quizá ampliar la capacidad instalada de establecimientos escolares, pero fue preciso acabar con la jornada escolar completa para alojar, en el mismo edificio, dos y hasta tres turnos de estudiantes.

Se pudieron aumentar las plazas para maestros, e improvisar directivos, pero su formación y capacitación dejaron mucho que desear.

La solución callada al crecimiento demográfico inventó modalidades de escuela poco conocidas en las ciudades y aun por los funcionarios de alto nivel, que se denominaron escuelas unidocentes (un maestro para los niños de los seis grados en primaria) bidocentes (dos maestros) tridocentes (uno para cada dos grupos) o escuelas “multigrado”. Y para secundaria el sistema a distancia, llamado telesecundaria, que con frecuencia agrupa

también a alumnos de tres niveles con un solo profesor, un solo salón, un solo equipo de televisión que muchas veces no recibe la señal.

Cuando el medio rural pasó por el proceso de despoblamiento, y en las comunidades no se reunía el número mínimo para abrir una escuela, el programa “Primaria para todos” puso en marcha una modalidad todavía existente que se llamó “cursos comunitarios”: para docentes se habilitaron muchachos con secundaria apenas terminada y que reciben, al cabo de cierto tiempo, una beca para poder cursar la preparatoria.

En síntesis: hemos creado una variedad, a la mexicana, no sólo de significados sino de realidades bajo términos que normativamente se siguen manejando como unívocos: escuela, maestro, grado escolar, materiales educativos, gestión escolar, calendario, calificación, y que encubren enormes desigualdades e injusticias.

2.2 Algunas explicaciones de la situación presente a partir de la cultura instalada

La ilusión de la Ilustración de generar la igualdad y la justicia mediante la educación universal, no sólo no se ha realizado, sino que parecería que resultó en lo contrario: en una polarización inimaginada de erudición e ignorancia, de saber y no saber.

Pero la valoración y el aprecio por la educación se mantuvieron y mantienen muy elevados, aunque es cierto que en las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado la comparación de los resultados educativos con la inversión de los gobiernos en la educación, produjo no sólo desencanto y desilusión sino reducción del gasto gubernamental en muchos países de América Latina. Además, las crisis económicas favorecieron esa desinversión.

Pero, simultáneamente, se encendieron los focos rojos de alarma en países con un elevado desarrollo económico (Estados Unidos específica-

mente pero no el único) al verse rebasados por los llamados tigres asiáticos. Y el diagnóstico era que la educación de calidad que habían logrado instalar esas economías emergentes superaba la de los países tradicionalmente más poderosos y de vanguardia económica.

Y aquí radica, paradójicamente, el mayor obstáculo que ha enfrentado nuestra educación para mejorar, aunque fuera de manera lenta y gradual.

La visión utilitarista de la cultura global actual le asigna una función muy limitada y errónea a la educación: generar desarrollo económico, formación para el trabajo, hacernos sólo competitivos. Y establece calendario de muy corto plazo, en función de los periodos de gobierno de los diversos países.

Esta combinación de utilitarismo y cortoplacismo ha estado presente y es la causa de nuestros fracasos educativos en los últimos 50 años en México.

2.3 Los que tratan de explicar nuestros fracasos desde las fallas de los responsables

La rotación de los titulares de Educación en América Latina y en México es muy reveladora: en el periodo de Salinas hubo cuatro (Bartlet, Zedillo, Solana, Pescador), con Zedillo dos (Alzati y Limón), Fox tuvo uno sólo y Calderón ya lleva dos (Vázquez Mota y Lujambio).

La Secretaría de Educación en México es todo menos un ministerio en el que se diseña y se gesta el país que queremos ser. Es premio y remedio de vicisitudes electorales, moneda de pago por favor y lealtades, precio de alianzas políticas con gremios y grupos poderosos.

Por su misma índole, el sistema educativo requiere largos plazos, incluso muy largos para mostrar cuentas positivas e influir en la mejora del país.

Una buena reforma educativa muestra sus resultados diez años después de que se echa andar. Nuestros funcionarios, a lo más, aguantan seis.

La curva de aprendizaje para entender realmente el área de gobierno que se confía en la SEP no puede repetirse en un mismo sexenio sin deterioros serios de los resultados.

Y al cambiar las cabezas lo que se favorece y fortalece son burocracias desencantadas, y en muchos casos corruptas, que encuentran muchas maneras de compensar el hartazgo de no ser tomadas en cuenta y de un disgusto acumulado por el tiempo.

Y los cambios de responsables han traído interrupción y ruptura de programas sexenales (PEC, Enciclomedia), instalación de ocurrencias y corazonadas (escuela segura, escuela de jornada completa, ENLACE, entre otras).

Además, la preparación de los titulares de esta Secretaría para el puesto dista mucho de ser adecuada. Hay secretarías como Economía, Hacienda, Gobernación, Relaciones Internacionales, Salud, para las que es impensable nombrar a alguien que no tenga las credenciales adecuadas. Pero para Educación basta que haya pasado por la escuela para que sea considerado apto.

Así como los grados académicos no son garantía de que alguien sea buen profesor y sepa enseñar a otros, el haber pasado por la escuela en todos sus niveles no basta para conducir un sistema tan grande y delicado como la SEP. Y en Educación hemos tenido de todo: economistas, médicos, muchos licenciados, literatos, pero educadores sólo por excepción.

La lista de malas decisiones tomadas con buenas y aún excelentes intenciones puede servir para documentar nuestro atraso educativo presente.

3. Qué se puede hacer

El viejo adagio latino, *Natura horruit saltus* (la naturaleza le tiene horror a los saltos) también es aplicable a la naturaleza de nuestro sistema educativo. Por eso, no más palabrería ni promesas incumplidas de revolución educativa y ni siquiera de reforma educativa.

Lo que se debe hacer es tratar de instalar un proceso de mejora continua en cada una y en todas las escuelas de este inmenso sistema educativo, y fortalecer a la escuela y no a las dependencias de gobierno federal o estatal, ni a la burocracia.

Un sistema de mejora continua exige definir metas, referentes de mejora, estándares educativos. Al día de hoy eso no está oficialmente determinado y, por lo tanto, toda evaluación es arbitraria.

Es cierto que está en marcha un proceso de piloteo de estándares educativos de desempeño de alumnos, de desempeño docente y de gestión de las escuelas con resultados iniciales muy promisorios, pero las autoridades responsables no saben y por lo tanto no aprecian ni aprovechan lo que traen entre manos.

Como no acabamos de salir del país de las maravillas, como Alicia, si no sabemos a dónde ir, cualquier camino es bueno... o malo...

Fijar el rumbo es el antídoto más eficaz para la desorientación y el comenzar siempre de nuevo sin avanzar hacia donde queremos y debemos ir. Y es también remedio a reformas y propósitos meramente utilitaristas con fines electorales y a promesas fatuas de reformas educativas.

También habría que garantizar la continuidad de los proyectos educativos sectoriales y hacerlos un asunto de Estado y no sólo de gobierno, así como la formación de equipos de funcionarios competentes y con periodos que vayan más allá del sexenio o del trienio, dentro de un auténtico servicio civil de carrera.

Asimismo, dar a la evaluación el papel y la importancia que le corresponde: iluminar, respaldar, fundamentar la toma de decisiones, la formulación de planes, programas y proyectos solventes; no sólo ser instrumento de amenaza y castigo.

Finalmente, la correcta operación de una federalización inacabada es una necesidad prioritaria, y dentro de la SEP, poner en práctica la reorganización a la que tanto se le invirtió durante el sexenio pasado.

Tenemos todavía algunos años de lo que en 2000 se llamó el bono poblacional que en el campo de la educación básica es de la mayor importancia. Pero ya no son muchos.

Gobernabilidad: ¿foco rojo?

se terminó de imprimir en agosto de 2009,
en los talleres de Imprejal, SA de CV,
Nicolás Romero 518, Colonia Villaseñor,
Guadalajara, Jalisco, México, CP 44290.

La edición, que consta de 500 ejemplares, estuvo al cuidado de
la Oficina de Difusión de la Producción Académica del ITESO.



ITESO
Universidad Jesuita
de Guadalajara



9 786077 808077